

BUSCADORES DE ORO³¹

Los inmigrantes españoles que vinieron a México, a raíz de la Conquista, no estaban en manera alguna animados, como sin duda lo estuvieran casi todos sus compatriotas en siglos posteriores, del sano propósito de fundar un hogar en la nueva Colonia, de adquirir en ella firme arraigo y de reconocerla, en cierto modo, como una segunda patria, o patria de adopción que lo fuera también, y muy querida, para los hijos y para los descendientes.

Los primeros inmigrantes, al contrario, rompiendo con frecuencia todo vínculo de familia y dejando atrás los efectos, llegaban a la América, decididos a enriquecerse con el menor esfuerzo posible, y a derrochar en fáciles placeres lo que fácilmente lograsen adquirir.

El propio Hernán Cortés declara sin reticencias, en 1524, que “es notorio que la más de la gente española que acá pasa, son de baja manera, fuertes y viciosos, de diversos vicios y pecados”. (Carta al Emperador Carlos V).

Otro español, el más genial de todos, y como genial, infinitamente sincero, don Miguel de Cervantes, llama a las Indias, “refugio y amparo de los desamparados de España, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos” (Primeros párrafos de “El Celoso Extremeño”).

Por qué los primeros pobladores de América merecieron tan duros conceptos, nos lo explica con honrada claridad, otro escritor, Juan López de Velasco, en una obra de fines del siglo XVI:

“Comúnmente se han inclinado a pasar de estos reinos a aquellos, los hombres enemigos del trabajo, y de ánimos y espíritus levantados, y con codicia más de enriquecerse brevemente que de perpetuarse en la tierra; no contentos con tener en ella segura la comida y el vestido, en llegando allá, siquiera sean oficiales o labradores, siquiera no lo sean, olvidados de sí, se alzan a mayores, y se andan

31 *El Universal*, 5 de abril de 1927.

ociosos y vagabundos por la tierra” (“Geografía y Descripción Universal de las Indias”, págs. 36 y 37).

Estas verdades bien amargas, pero perfectamente fundadas, reciben la mejor de sus confirmaciones en el caso de los centros mineros, los cuales, sobre todo en los tiempos que siguen de cerca a su fundación, atraen un gran número de aventureros y especuladores, que acuden con el firme propósito de hacerse en poco tiempo de una fortuna, cualesquiera que sean, por otra parte, los medios a que haya que acudir. En esos concursos de ávidos negociantes, de hombres de elástica conciencia y de gente decidida a apurar todas las formas del placer, se puede apreciar, con mayor facilidad que en medios o ambientes más complicados, los extremos a que llega un grupo social en que el apetito de riquezas se erige en la pasión dominante y en la fuerza directriz de la vida.

A penas descubiertas las primeras minas en lo que había de ser la opulenta ciudad de Zacatecas, acudieron allí grandes masas de pobladores. Aquel descubrimiento ocurrió en 1548 (poco más de veinte años después de la Conquista), y ya desde entonces “multitud de españoles acudieron de México, de Guadalajara y de otros lugares, atraídos por la justa fama de tan rico mineral”. Así nos lo cuenta don Elias Amador, en su “Bosquejo Histórico de Zacatecas”, obra escrita sobre la base de documentos originales o de primera mano, y merecedores de todo crédito.

El movimiento minero aumentó con tal rapidez, que ya en 1563 existían allí “treinta y cinco haciendas de sacar plata por azogue, además, probablemente, de los hornos o reverberos consagrados al beneficio de metales por fuego”.

Muy pronto la opulencia de los mineros de Zacatecas llegó a ser proverbial en toda la Nueva España, y se refiere que era tanta la prodigalidad de que hacían gala, que uno de ellos, el famoso Cristóbal de Oñate tenía en su casa una campana con que diariamente se tañía para llamar a todos los que quisieran ir a comer a su mesa; generosidad que duró toda su vida (“Descripción Breve de Zacatecas”, por el Conde de Santiago de la Laguna).

El mismo Conde afirma que las minas de Zacatecas estuvieron produciendo, por término medio, dos millones de pesos anuales, durante cerca de doscientos años (período que abarca su narración): todo esto sin contar las frecuentes bonanzas, que de tiempo en tiempo producían fabulosas cantidades.

Hubo quien en una semana obtuviera seiscientos mil pesos de una sola labor; y hubo también hacienda de beneficio que produjera a su propietario, don José de Urquiola, mil pesos diarios, libres de gastos.

A la par que la riqueza, crecían los vicios y se relajaban las costumbres.

Los comerciantes, abusando de las dificultades del tráfico y del aislamiento de Zacatecas, especulaban sin límite ni escrúpulo alguno, con los artículos de primera necesidad, vendiéndolos a precios exorbitantes.

Monopolizadores, usureros y traficantes realizaban fabulosas ganancias, aprovechándose de la prodigalidad propia de los mineros y de la absoluta falta de competencia; pues a cada paso se interrumpían las comunicaciones con México, Guadalajara y otras poblaciones, por los frecuentes asaltos de los belicosos CHICHIMECAS a las “conductas” o convoyes de mercancías (Elías Amador, obra citada).

Los ricos y los funcionarios públicos, al igual que la gente sin educación y sin fortuna, se entregaban al juego y a los placeres, lícitos o no, en forma tan escandalosa, que meritaba públicas reprimendas en las iglesias y en los púlpitos.

El juego, sobre todo, “llegó a convertirse en la diversión predilecta de aquellos improvisados ricachones, cuya baja mentalidad no les permitía concebir más nobles y altos entretenimientos”.

De ello nos ofrecen las crónicas, un curioso caso, que aunque insignificante en apariencia, puede servir para dar una idea de la extraña psicología de aquellos hombres, tan pronto dominados por la codicia, como influidos por las más singulares supersticiones.

Un rico vecino de Zacatecas, don Manuel Correa, que había sido Alcalde ordinario de la ciudad por los años de 1591 y 1592, y que por lo visto, era gran aficionado a los juegos de azar, ganó en una noche, a los naipes, la gruesa suma de diez y ocho mil pesos. Al día siguiente, sin vacilación alguna y como si un deber de conciencia lo arrastrase a ello, se apresuró a poner dicha cantidad, “en manos del prior del Convento de San Agustín, a efecto de que se destinase a la conclusión de los claustros y escaleras del mismo” (“Bosquejo Histórico”, pág. 252).

¿Por qué, si ese hombre sentía la necesidad de descargar en algo su conciencia, no aprovechaba ese don de la fortuna para aliviar la situación de tantos y tantos infelices mineros, a cuyas angustias y a cuyos sacrificios debía seguramente su encumbrada posición? ¿Por qué prefería, contra todo principio de justicia distributiva ir a enriquecer a una orden monacal que ya empezaba a estar demasiado provista de bienes de fortuna, y que sólo habrían de emplearlos en la construcción de enormes e inútiles edificios conventuales?

Por un extraño proceso psicológico, aquel hombre, a quien nada enseñaban sus fáciles éxitos, creía tal vez, como supone el escritor cuyo

relato seguimos, “que su conciencia quedaba limpia y tranquila, haciendo pasar del tapete verde a los que él consideraba sagrados muros de un convento, el pan de algunos hijos, el fruto de una noche de febril agitación, y quién sabe, si de dolorosas escenas y crueles remordimientos”.

La complicación psicológica que este proceder nos revela, es singular, a no dudarlo; pero no debe, en rigor, causarnos demasiada sorpresa, si se entiende a las alrevesadas ideas que aquellos rudos mineros profesaban en materias de religión y de moral.

Su obsesión era el oro, y con él creían que era fácil arreglar toda clase de asuntos, aún los de orden espiritual.

El extravío que aquella sociedad, formada por aventureros rápidamente enriquecidos, sufría en esa materia, se deja ver con mayor claridad aún, en algunos de esos otros pequeños detalles que para los historiadores clásicos carecen de todo interés y que ellos acostumbran hacer a un lado, con un gesto de soberana displicencia.

El año de 1563 vemos a los mineros de Zacatecas enviar a la Corte un apoderado, para solicitar del Rey les otorgase formal merced de las salinas situadas dentro de un perímetro de veinte leguas por cada rumbo de la ciudad, y que se concediese a ésta, el tener “bienes de propios”; para lo cual los peticionarios alegaban en su favor, “los fuertes gastos que hacían, y EL HABERSELES MUERTO MUCHOS ESCLAVOS Y MULAS”... (Eliás Amador, Bosquejo Histórico, pág. 221).

¡Pedían, por lo visto, mercedes y recompensas por haber sacrificado vidas y más vidas, en trabajos azarosos y agotantes, en que para otros era el peligro, y para ellos el auge y el provecho! ¿Para esos hombres, los esclavos y las mulas eran casi la misma cosa!

Y como esto si no fuese bastante, llevaban su codicia y su inhumanidad al extremo de no pagar siquiera sus salarios, a los hombres valerosos y abnegados que así los colmaban de riquezas. De ello se quejaban en 1609, “los indios mexicanos, tlaxcaltecas, texcucanos, tonaltecas y michoacanos, que formaban la mayor parte del vecindario y se ocupaban en las minas y haciendas” (Eliás Amador, pág. 313).

El visitador del Rey, ante quien se denunció tamaña inquietud, se vio obligado a dictar providencias enérgicas, entre ellas, la de prohibir se obligara a los indios a trabajar gratuitos, y la de ordenar que no se les perturbase en la posesión de los lotes o solares que para habitación se les habían asignado.

Pero. ¿qué más? Todavía el año de 1677, o sea siglo y medio después de la Conquista, se practicaba en Zacatecas la bárbara costumbre de herrar

en la frente a los indios esclavos, “a semejanza de las bestias, a las que se marca con candente hierro para saber a qué dueño pertenecen...” (Elías Amador, pág. 375).

¡Y esto lo hacían hombres obligados a practicar las doctrinas de aquel Justo que enseñó la igualdad y el amor para todos, prescindiendo de fronteras y de razas!

Todas esas doctrinas, todas aquellas inventivas de Jesús contra los modernos Caínes, se agolpan tumultuosamente al espíritu, y, como un eco de aquella requisitoria de sublime verdad, que jamás olvidaremos los hombres, surgen las frases en que un hermano de raza, José Martí, recogió, con unción, el pensamiento del Maestro incomparable: “¡Cuántas batallas ganadas supone la riqueza, y cuánto decoro perdido, y cuántas tristezas de la virtud y triunfos del mal Genio, y cómo, si se parte una moneda, se halla amargo, y tenebroso y gemidor su seno!”